

IWASAKI CAUTI, Fernando. *Extremo Oriente y Perú en el siglo XVI*. Madrid: Editorial MAPFRE, 1992. 286 p. (Col. Realidades Americanas, 12).

Ningún investigador se había ocupado hasta la fecha de enfocar directamente las tempranas relaciones de gente del virreinato del Perú —mercaderes, funcionarios y religiosos— con los pueblos del Lejano Oriente, especialmente Filipinas, China y Japón, durante los inicios de la época colonial. Esta laguna temática ha sido cubierta con éxito por el historiador limeño Fernando Iwasaki Cauti, quien expone en el presente libro los resultados de su pesquisa efectuada en repositorios documentales de Madrid y Sevilla. De algún modo, la nueva obra se adhiere a la corriente de investigación lanzada algunas décadas atrás por estudiosos como Charles R. Boxer, William Schurz, Pierre Chaunu y Lothar Knauth, que habían tratado la presencia inicial de elementos ibéricos en Asia oriente y el mar de la China.

Iwasaki, un destacado exponente de la generación más joven de historiadores peruanos, ha sido profesor en el Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Lima y actualmente se desempeña como director de asuntos culturales en la Fundación San Telmo de Sevilla. Su versatilidad en el manejo de la pluma le ha permitido publicar ya otros libros como narrador de cuentos y comentaristas político, además de varios trabajos relativos a creencias religiosas indígenas, evolución del comercio ambulatorio y definición de la nacionalidad peruana. La obra que ahora comentamos revela, en concreto, la profundidad de su investigación en la biblioteca de la Real Academia de la Historia y en los fondos del Archivo General de Indias; aquí el autor ha explorado con acierto las secciones generales de Patronato, Justicia, Contaduría, Contratación y Gobierno, así como los papeles de las audiencias de Lima, México, Manila, Panamá, Charcas y Buenos Aires.

Aunque desde 1579 se reiteraron las disposiciones que prohibían el tráfico directo entre el Perú y el Lejano Oriente, las noticias de la documentación comprueban que durante el siglo XVI tuvo lugar un comercio transpacífico de escala nada despreciable. Las actividades de contrabando fueron incentivadas por la buena acogida que tenían en el mercado peruano las manufacturas y objetos suntuarios procedentes de la China, que se vendían a precios más baratos que las mercaderías importadas de España, por la vía oficialmente establecida en las leyes. Los productos orientales de salida más frecuente en Lima fueron porcelana, loza, seda, mantas, telas, abanicos, cera, azúcar, hierro y especias.

El libro de Iwasaki reúne siete estudios —un par de ellos ya anteriormente publicados— que abordan diferentes aspectos de la relación comercial y humana de los peruleros con el Oriente. La exposición insiste machaconamente, quizá en exceso, sobre la inercia de la legislación colonial y la venalidad y corrupción de los funcionarios de la Corona, que alentaron personalmente las operaciones de contrabando. De los rastros hallados en los archivos surge una curiosa galería de “héroes”, aventureros osados y de reprochable moralidad. Por ejemplo, el gobernador de Filipinas D. Gonzalo Ronquillo, quien bajo el pretexto de enviar artillería destinó un cargamento de 300 toneladas de loza, seda y especiería al Perú (1581); el sevillano D. Juan de Mendoza, pasajero clandestino a la China, que dejó una interesante relación de los ornamentos, ropas, armas, costumbres sexuales y diversiones mundanas de los pueblos chinos del litoral (1584); y el mercader Juan de Solís, quien arribó por esquivos caminos a Nagasaki y se unió a la corte del regente japonés Toyotomi Hideyoshi (1591).

Como se sabe, la Corona rechazó el contacto mercantil con los países asiáticos porque deseaba proteger los intereses de los comerciantes españoles radicados en la metrópoli y procuraba impedir que la plata americana terminase engrosando los tesoros de mandarines y samurais al otro lado del océano. Pero los propios virreyes del Nuevo Mundo realizaron inversiones en el mercadeo de contrabando, el cual fomentaron bajo falaces argumentos. Mientras D. Luis de Velasco reclamó desde México la importación de azogue de la China, el virrey peruano D. García de Mendoza, marqués de Cañete, dio un paso más adelante y organizó una costosa expedición al Lejano Oriente, encargándola formalmente de traer 1.500 quintales de cobre para la fabricación de artillería.

“La maniobra del marqués de Cañete bien podría ser considerada como el modelo de operación mercantil del funcionario corrupto del XVI, pues involucró a un heterogéneo conjunto de burócratas, comerciantes, aristócratas, estafadores y sacerdotes”, según apunta Iwasaki (p. 182). Se calcula que los miembros de la expedición fueron dotados con más de 230.000 pesos para comprar mercaderías en la China, y es sabido que la plata invertida por el virrey Cañete fue puesta al cuidado de dos religiosos de la Compañía de Jesús. A fin de cuentas, sin embargo, el negocio terminó en fracaso porque los traficantes peruleros fueron detenidos en la colonia portuguesa de Macao y su navío y dinero confiscados por las autoridades del virreinato de la India oriental.

Las relaciones comerciales transpacíficas implicaron también la llegada de pobladores asiáticos a las costas del Perú. El padrón de “indios” de Lima levantado en 1613, por ejemplo, registra a 38 chinos, 20 japoneses y 56 nativos de la India portuguesa, entre hombres, mujeres y niños. Varios de esos moradores estaban sometidos a la categoría de esclavos; los demás trabajaban en el servicio doméstico o en talleres artesanales, especialmente como calceteros o curtidores.

El último capítulo de esta nueva publicación contiene una exposición comparativa de las tareas de evangelización en el Perú y Japón durante el siglo XVI. Se trata en realidad de dos modelos de cristianización incompatibles, diferenciados por el hecho de que los misioneros jesuitas en el Oriente, obligados a depender de la indulgencia de los nobles japoneses, se aplicaron a un adoctrinamiento de carácter señorial (y no popular), permitieron la ordenación sacerdotal de los nativos y promovieron la apertura comercial del puerto de Nagasaki. Más aun, cuando la consolidación de un Estado nipón centralizado quebró la fuerza de los señores feudales que protegían a los misioneros, los padres de la Compañía perdieron pronto terreno y acabaron siendo violentamente expulsados. A manera de reflexión final (p. 256), Iwasaki sugiere la hipótesis de que la Corona española no se decidió a organizar en el Japón una gran cruzada militar-evangelizadora como en América porque dicho territorio carecía de suficientes atractivos económicos: la idea es tentadora, pero requiere de investigaciones más profundas para comprobar su veracidad.

*Teodoro Hampe Martínez*